



El último toque de queda en Kiev

**SALOMÓN
CHERTORIVSKI W.***

Son casi las 11 de la noche en Kiev: en unos minutos habrá de comenzar el toque de queda. Estoy ya en la estación de tren para ir a la frontera con Polonia. El regreso tomará 16 horas.

Esta mañana, la comisión legislativa integrada por los diputados Jorge Álvarez Maynez, Julieta Mejía y yo mismo de Movimiento Ciudadano, y Riult Rivera, del PAN y presidente del Grupo de Amistad México-Ucrania de la Cámara de Diputados, visitó el Parlamento ucraniano.

Nos recibió Ruslan Stefanchuk, presidente de la Verkhovna Rada, el Parlamento de Ucrania. Es una suerte de gran oso que nos extiende una mano que más parece una manopla. Lo acompañan el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, el del Grupo de Amistad Ucrania-México y otros legisladores.

Este es el primer encuentro en la historia entre legisladores de nuestros países.

Nuestra delegación lee el documento que Movimien-

to Ciudadano presentó hace unos días, y que urge al Gobierno mexicano a redoblar la ayuda humanitaria a Ucrania, así como las acciones por la paz, en defensa de los derechos humanos y del derecho internacional y a promover tanto el alto al fuego desde la posición que tiene hoy México en el Consejo de Seguridad de la ONU como la vigilancia y el castigo a los crímenes de guerra, especialmente en la Corte Penal Internacional.

Nos despedimos y Stefanchuk nos dice que México puede hacer más.

“Estamos luchando por la libertad de nuestro planeta, del mundo que hoy conocemos. Cualquier granito de arena que México pueda poner será muy importante para combatir este imperio tiránico”, remata.

En la tarde recorreremos Kiev. Es una ciudad imponente cuya arquitectura acusa la huella de vikingos, cosacos y los imperios que se asentaron ahí. Sobreviven también los edificios soviéticos: construcciones masivas que ostentan las inconfundi-

bles siglas CCCP.

Si uno no viera en tantas esquinas las barricadas, las estructuras de metal que buscan detener vehículos blindados, los sacos de arena que se apilan contra las ventanas para defender los hogares, uno pensaría que aquí no hay una guerra. Hay tránsito. Las familias caminan. En los parques, las madres empujan carriolas, los jóvenes se sientan a fumar. Los restaurantes aparecen llenos.

A las 11 de la noche, sin embargo, todo mundo tendrá que volver a casa: hay toque de queda. Suenan las alarmas, pero la gente ya no se inmuta: continúa con su vida en la gran ciudad, aun si nunca es posible saber dónde caerá la siguiente bomba.

Esta es la última crónica de este viaje que entregó a Reforma. En unos minutos abordaremos el tren. Sabemos que es difícil transmitir lo que no se ve y que nuestra obligación es hacerlo. Comunicar lo que pasa en Ucrania significa sumarnos no sólo a la solidaridad, sino al lado correcto de la historia.

*Diputado de Movimiento Ciudadano